

“Para analizar mejor esos cuentos conviene la lectura de los libros de Figari sobre la pena de muerte, donde se encontrarán los mismos temas. Luego de la lectura de *En capilla*, recuérdese este pasaje: “De los nuestros (asesinos), casi todos han ido serenos al banquillo, con igual entereza, con el mismo valor con que acudirían a defender, en las cuchillas, nuestras libertades públicas. Si sienten arrepentimiento por su delito, jamás sospechan que la sociedad es justa, al imponerles una tortura más cruel, de la que -ellos, asesinos- impusieron a sus víctimas. Otros chancean. Figuerón durante las horas de capilla jugó al “truco con versos” con su propio padre, admirando a todos con su serenidad” (**La pena de muerte**, 1903). Transcribe más adelante las palabras del Dr. Lorenzo A. Pons, capellán de la Penitenciaría: “Para mí es un hecho definitivamente averiguado que nuestros paisanos no le temen al fusilamiento. Que lo digan Páez y González yendo al banquillo completamente serenos, sobre todo González, pidiendo que no le vendaran los ojos para ver la descarga, y abriéndose el chaleco con soberbia, para mostrar mejor el pecho. Pero esos casos, lejos de ser la excepción se repiten en todas las ocasiones. Entre los dieciocho reos que he asistido sólo he visto un cobarde, Vitalino Vázquez, y ese no era oriental”. “No sólo van al banquillo sin miedo sino que, perdiendo todo sentido de la realidad, van casi siempre altivos, como si fueran a un sacrificio honorable, haciendo alarde de su valor, y como si su puesto fuera digno de envidia”. (**La pena de muerte**, 1903).



Y todo el cuento titulado *Sadi Ballah*, está en esta anécdota que cuenta Figari en el mismo libro: “Recibí una esquela por la que un encausado me invitaba a conferenciar. Me decía que extrañaba mucho sus “pagos”, y era tal el tono de su carta, que pensé en la posibilidad de que el infeliz se hallara en la cárcel por equivocación. Acudí en seguida al llamado y lo hice traer a mi presencia. Su aspecto era simpático. Era un joven de ojos azules, hermosos ojazos, de cara abierta y franca.

-¿Por qué está preso?, -le pregunté.

-Maté un turco, -me respondió.

Había tal espontaneidad en su contestación, tal ingenuidad, y tal era su aspecto, que parecía esperar de inmediato su libertad. Al fin, no se trataba más que de un turco! ... Me narró estos detalles del suceso con toda llaneza, con la llaneza del inconsciente moral. Había querido comprar un reloj, y como él no tenía más que nueve pesos y el bohemio quería once, lo esperó en un pajonal, por donde debía pasar, le pidió que le mostrara nuevamente el reloj, y al agachar la cabeza el pobre hombre, para sacar la correa que sujetaba la caja, lo madrugó.

-¿Estaba usted solo? ¿Hubo testigos?...

-Sí, señor, un perro.”

Ángel Rama

Fragmento del Prólogo de
Pedro Figari. **Cuentos** ilustrados por el autor. Arca, Montevideo, 1965.